

Una nueva política con sabor a miel: Débora y una autoridad desde la corresponsabilidad

Juliana Triana

Carrera Ciencias Bíblicas

Dr. Alirio Raigozo

Investigaciones y nuevos programas

Desde épocas muy tempranas en la historia de la humanidad, se ha generado una interesante preocupación por la forma de ejercer el poder y consolidar autoridad.

Como lo expresa Riane Eisler en su libro *El Cáliz y la Espada*, en el neolítico se percibe una tensión entre dos formas de organización comunitaria¹. Una, la más antigua, la de la cooperación, caracterizada por mostrar una autoridad que decantaba en un poder para dar vida y sostenerla. La otra, que quizás entra en vigor para el milenio V a.C., es la forma de organización basada en la dominación, donde quienes ejercen la autoridad y el poder lo hacen basándose en su capacidad para quitar la vida (Eisler, 2021).

No hay que ser un gran estadista para percatarse de que nuestra historia se cuenta desde las tensiones entre quienes apuestan por un modelo de cooperación y quienes viven para construir ambientes de dominación. De ahí que el desafío propuesto por el Pacto Educativo Global para involucrarnos en la renovación de la política y la economía no sea una llamada exclusivamente dirigida a las estructuras gubernamentales. Se trata de un desafío que nos confronta a nivel personal respecto a nuestras elecciones diarias sobre cómo ejercer el poder y la autoridad.

La Biblia también tiene algo que decir al respecto, pues desde el capítulo 2 del Génesis hasta Apocalipsis muestra la tensión cooperación-dominación presente en el ser humano. A través de proverbios, oráculos proféticos y narraciones de diversa índole, ella muestra las consecuencias de elegir uno u otro polo, denotando que el problema del ejercicio del gobierno no está supeditado a reyes, jueces o militares, sino, sobre todo, es un asunto humano.

Quizás uno de los relatos que con mayor fuerza presenta esta claridad es el de la confrontación del profeta Natán al rey David por su sucia jugada para quedarse con Betsabé, la mujer de Urías (2 Sm 12, 1-15).

En la historia que usa Natán, los personajes son campesinos, no gobernantes, por tanto, David ha de ser íntegro y servir bien a su pueblo, no por ser rey, sino por ser pueblo, persona como las demás. De ahí que un paso clave para renovar la política y la economía actual sea reconocer que somos corresponsables y subsidiarios en dicha tarea pues todos, de una u otra forma, participamos en las decisiones sobre lo público y privado de nuestros hogares, lugares de estudio y de trabajo, y también,

en los entornos de servicio pastoral o social. ¿Por qué entonces no comenzar a pensar que un cambio sustancial en la política y la economía está en dejar de pensar que es algo de solo unos pocos, y, además, con título?

La Biblia nos presenta un excelente ejemplo sobre un ejercicio de gobernanza colectiva, en el que la procura de un bien común movilizó a toda la comunidad, generándose liderazgos compartidos sin detrimento en su capacidad de ejercer poder y de tener autoridad. Nos referimos a Débora, juez y profeta en tiempos en los que “aún no había reyes en Israel” (Jc 17, 6).

La historia tejida alrededor de esta mujer dirá que, diariamente, escuchaba con atención las penas y sueños de su pueblo (Jc 4, 4-10), aspecto que le permitió brindar orientación y consuelo, pero también advertir con quiénes y cómo se podía comenzar un movimiento de liberación.

Débora logró despertar del letargo en el que se encontraba el liderazgo masculino en aquel momento y, de manera sutil, abrió la puerta para la integración de los hermanos y la participación de más mujeres, construyendo de ésta forma un colectivo transformador desde sus propias experiencias, que fue capaz de tomar postura frente al agresor y sus acciones, adoptó una nueva perspectiva de vida y asumió la responsabilidad de su liberación poniéndose de pie y ejecutando acciones concretas para recuperar su libertad e identidad como pueblo. Logró que el pueblo se reconociera como agente político, corresponsable en la administración de la comunidad.

¿Cuál es el momento vital en el que interviene Débora según la narrativa de Jc 4-5?

El libro de los Jueces reporta la aparición de Débora en la vida de Israel, cuando aún no existía la monarquía (Jc 19,1)² y eran tiempos en los que “los hijos de Israel hicieron lo que desagradaba a Yahvé, dando culto a los Baales...Entonces se encolerizó Yahvé contra Israel. Los entregó en manos de salteadores que los despojaron, los dejaron vendidos en manos de los enemigos de alrededor y no pudieron ya sostenerse ante sus enemigos...”

1. Eisler, R. T. (1987). *Cáliz y la espada*, Editorial Pax México. Introducción, págs. XXI-XXXIII
2. Abadie, P. (2005). *El libro de los Jueces*. Verbo Divino, 6. Este autor determina que el Juez es Baraq y no Débora, en la lista breve que presenta en la página 5.

(Jc 2, 11.14). Según el planteamiento del libro, la salvación para Israel llegaría en la figura de unos personajes llamados “Jueces”, o para ser más exactos, “salvadores”, quienes, suscitados por el mismo Yahvé, salvaban al pueblo de la mano enemiga por una razón muy especial: “porque Yahvé se conmovía de los gemidos que proferían ante los que los maltrataban y oprimían” (Jc 2, 18b). Al morir el juez, el pueblo recaía en la idolatría³ y el ciclo volvía a iniciar⁴

¿En qué contexto surge Débora? Los capítulos 4 y 5 del libro de los Jueces ofrecen una descripción interesante de la situación de opresión que vivía una porción particular del pueblo, ubicada en la zona norte del país. Los primeros versos del capítulo 4 indican que el rey de Canaán, Yabin, reinaba en aquel entonces y tenía un jefe de ejército llamado Sísara. Según el texto, el temor que generaba este rey residía en que tenía novecientos carros de hierro y durante veinte años había oprimido a Israel.

El capítulo 5, que es una poesía de las más antiguas que hay en la Biblia, ofrece datos adicionales. Al parecer, el opresor cortó las vías de comunicación entre las tribus de Israel, confinándolos en sus territorios, impidiendo el comercio entre ellos y la posibilidad de reunirse para tener celebraciones comunes; en últimas, se les estaba impidiendo ser un pueblo cohesionado, se estaba atentando contra su unidad e identidad. Ante cualquier intento de rebelión, estaban expuestos no solo al saqueo, sino al rapto de las mujeres tomadas como botín de guerra y contabilizadas como “número de úteros” para el vencedor (Jc 5,6-7.30)

En tal ambiente el ánimo del pueblo está por el suelo, la impotencia puede más que los sueños y el único recurso es el llanto, el grito, el clamor. El verbo hebreo para designar este lamento es tzaak que, de acuerdo con la forma en que está conjugado, puede ser traducido como un chillido, un llanto con profundo dolor que aún no llega a su fin.

Un liderazgo que empodera desde la escucha al otro

Estando el pueblo en esas condiciones, el texto bíblico manifiesta que, paralelo al gobierno del opresor, estaba gobernando en Israel una mujer. Traduciendo directamente del hebreo, a renglón seguido de la descripción previa de la situación del pueblo en Jc 4,3, se dice en el verso siguiente: “Pero Débora mujer profeta, mujer de Lapidot estaba gobernando a Israel en aquella época”, dando a entender el inicio de una situación alternativa frente a la que viene ocurriendo.

La palabra hebrea “Débora” traduce “abeja”, pero también está emparentada con el sustantivo Dabar “palabra, acción, acontecimiento”. Adicionalmente, esta mujer es también llamada “nebiah” es decir, profetisa, y es nada más y nada menos que esposa de Lapidot y este nombre hebreo traduce “antorchas, fuego”. La mujer que gobierna es vista como la abeja, cuya simbología en el antiguo oriente está relacionada con la divinidad, con la mujer diosa y con la comunicadora de la divinidad. Adicionalmente, es la mujer que tiene fuego en sus entrañas a tal punto, que ha hecho alianza con él, con aquel elemento que representa una de las maneras que tiene Dios para manifestarse y hacerse presente.

Dice el texto que esta particular mujer gozaba de autoridad y reconocimiento público en medio de su gente, pues “solía instalarse bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en la montaña de Efraín; y los israelitas acudían donde ella en busca de justicia”(Jc 4,5). Este simple gesto evidencia cómo Débora era reconocida como profeta, no porque vaticinara el futuro, de hecho, eso no es profecía. Débora era profetisa porque dejó que su interior ardiera, hirviera con el dolor y la angustia de quienes escuchaba y a partir de allí, como buena abeja, intuía y transmitía el paso de Dios por la vida de quienes la consultaban.

Débora nos reta hoy a que sepamos ejercitar nuestra capacidad de gobierno escuchando a quienes están a nuestro alrededor y a que sintamos cómo nuestro interior arde al escuchar a las madres que han quedado sin hijos, a los soldados que quedaron mutilados fruto de la guerra, a las niñas y niños violentados, a los hombres y mujeres que fueron obligados a pertenecer a uno u otro bando, a la señora de la tienda que tiene temor de vivir junto a un desmovilizado, a una exguerrillera que tiene miedo de cambiar de vida porque solo sabe moverse en la selva y al ritmo del combate.

No podemos pensar en transformar la política si primero no nos damos a la tarea de conocer y tocar la realidad de aquellos que se están viendo perjudicados por sistemas de dominación. Porque en medio del dolor, no hay discurso lógico y elegante, hay llanto, hay grito, hay también silencio con mirada perdida. Una política renovada desde abajo, desde el pueblo, debería comenzar por generar espacios para conversar en torno a qué y cómo duele la vida en los micro y macro espacios en los que nos desenvolvemos.

Cada conversación de Débora con su pueblo le permitió asumir de manera sensata su propio dolor y el de sus hermanos, a tal punto que percibió en medio de las lágrimas y las quejas un potencial de acción en personajes clave de la comunidad. Ella

3. Keil, C. F., & Delitzsch, F. (2016). Comentario al texto hebreo del Antiguo Testamento: Pentateuco e históricos. Editorial Clie, 1290.

4. Cf. Samuel Almada, “Hacer justicia en los límites de la anarquía,” Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana RIBLA 60 (2008), págs. 35-36.

se dio cuenta que en medio de su gente tenía a un líder dormido a quien era preciso despertar, y se percató de un par de familias tribales que debían integrarse para que hubiese paz para todos, pues sin ellos, el pueblo no puede ser tal.

Débora comienza a descubrir la identidad de su comunidad no desde la mirada del opresor, o desde la desconfianza, sino desde la riqueza más profunda que aguarda a ser reconocida y valorada. Esta es otra manera de comenzar a transformar la política: hacer ver que cada ciudadano es agente de cambio, y su fuerza e identidad no dependen de otro, pues en cada uno arde un fuego único y poderoso.

La mujer de fuego que fortalece al hombre rayo

¿Quién es el líder dormido? Se trata de Baraq, quien según el texto tenía el encargo de libertar a su pueblo. Débora le manda llamar, mostrando una vez más su autoridad y le dice: ¿No te ha mandado Yahvé Dios de Israel, diciendo: Ve, junta a tu gente en el monte de Tabor, y toma contigo diez mil hombres de la tribu de Neftalí y de la tribu de Zabulón; y yo atraeré hacia ti al arroyo de Cisón a Sísara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su ejército, y lo entregaré en tus manos? (Jc 4, 6-7).

Teniendo en cuenta el llamado de atención de Débora y siguiendo la dinámica del libro de los jueces, en los que cada uno de ellos es suscitado expresamente por Dios, se entiende que quien debería ser llamado juez en esta ocasión es Baraq y no Débora, pues es a él a quien le han dado órdenes de marchar contra el ejército enemigo.

Débora es una mujer que ha sabido hacer seguimiento a sus hermanos y hermanas y se percató que Baraq le ha estado huyendo a una responsabilidad que tiene, incluso, por delegación. Débora no asume para sí la función del otro, pero sí se la recuerda.

Débora es capaz de interpelar sin violencia ni imposición a un hermano suyo, a un hombre, que la necesita para poder asumir en plenitud el rol que le ha sido encomendado. La situación de este hombre está reflejada de manera particular en su nombre, pues "Baraq" en hebreo traduce "rayo, relámpago" y qué es esto sino algo que no dura, que apenas destella, pero no ilumina. No obstante, es preciso recordar que el rayo constituye uno de los símbolos de las deidades masculinas de las culturas del oriente antiguo.

Así, Débora rememora a la diosa y Baraq al dios, y sin pretender un diálogo entre divinidades, lo que sí se puede decir es que el texto muestra tanto en la mujer como en el hombre, la impronta de lo

divino en su ser y, tanto el uno como la otra, tienen autoridad para gobernar, administrar justicia y hablar de parte de Dios en bien del pueblo. Débora le está recordando a Baraq su esencia y le invita a trabajar juntos por la liberación de Israel, cada uno aportando desde su diferencia sin que esto implique superioridad del uno frente al otro.

Lo interesante de la historia es que Baraq sabe que necesita un impulso del fuego para poder volver a creer en sí mismo y con espontaneidad le responde a Débora "Iré a condición de que tú vengas conmigo. Pero si no me acompañas, no iré" (Jc 4,8).

Frente a esta petición, Débora responde de la siguiente manera: "Ir, iré contigo; mas no será tuya la gloria de la jornada que emprendes, porque en mano de mujer venderá Yahvé a Sísara." (Jc 4,9). Puede que para nosotros suene extraña la expresión "Ir, iré contigo", pero es una traducción de una expresión hebrea que denota de manera enfática e intensa el seguro cumplimiento de la acción y otorga fuerza a la decisión de Débora de comprometerse a ayudar a Baraq en su tarea, no obstante, se aclara que la victoria final será concedida a una mujer.

El texto deja en claro que la capacidad de hacerse medio de salvación para otros no depende del género, sino que la gracia se sitúa en quien sepa acunarla, sea hombre o mujer. En nuestro país este aspecto es necesario tenerlo claro hoy. El colectivo que se construye con las pautas descritas hasta ahora ve en el hombre y la mujer posibilidades abiertas de tejer humanidad, no ve rivales. En todos estos procesos no debe buscarse que ellas hagan lo mismo que ellos o viceversa, sino que cada uno cuente con todas las garantías para poder ser cuanto está llamado a ser, sin dejarse reducir por estereotipos impuestos por la sociedad.

Cuando se logran construir relaciones sanas de este tipo, hombre y mujer caminan juntos construyendo sociedad y estableciendo procesos integrales de transformación, pues ambos logran cambiar de postura y en vez de mirarse largamente el uno al otro, o de evitarse mutuamente, logran aprender a mirar juntos en la misma dirección. El texto lo subraya de la siguiente manera: "Débora se puso en marcha con Baraq hacia Cades" (Jc 4, 9). He aquí otra clave para transformar la política hoy.



Método Débora: Un camino inspirador

La comunidad que acompañó Débora logró liberarse de la opresión de Yabín, respondiendo con efectividad desde lo atípico. Era extraño que una mujer tuviese autoridad, gobernara y fuese profeta. Era extraño que un hombre tuviese que pedir ayuda a una mujer, pues sin ella, no se sentía seguro. Era extraño pedir a un par de familias de dudosa reputación que se unieran a la causa. A pesar de todo lo extraño, se logró vencer rompiendo paradigmas y destruyendo estereotipos de acción.

Urge con diligencia renovar la alianza de los colombianos con Colombia, para que juguemos limpio entre nosotros, al nivel del ciudadano de a pie, pues somos expertos en señalar al opresor gigante, pero evitamos reconocer que en nuestras micro-sociedades hemos replicado sistemas similares de opresión. Para ello, es necesario sembrar muchas palmeras de Débora en los campos, ciudades, oficinas, colegios, universidades, cafeterías, bares, parques, etc., para que aprendamos a escucharnos en nuestros dolores, fatigas y luchas.

El ejercicio de un buen gobierno no es asunto solamente de presidente, alcaldes y congresistas, es un reto que tenemos como sociedad para depurar nuestro ejercicio ético y romper con el círculo de violencia y corrupción desde la base. Si logramos escucharnos y permitimos que la realidad del otro hierva en nuestro interior, la solidaridad auténtica e insobornable comenzaría a germinar, y el trabajo posterior en colectivo se daría prácticamente sin forzarlo.

Finalmente, podemos decir que la historia de Débora permite ver la Escritura y su estudio científico como brújula para la intervención social, pues la Biblia no es un conjunto de relatos fantasiosos. En realidad, ella constituye un testimonio y, a la vez, propuesta de crecimiento humano y social a la luz de Dios que se entiende como misericordia, aliado del pobre, amigo de la mujer y del hombre. La Biblia es Palabra plena e inacabada a la vez, pues cada vez que la leemos y nos dejamos confrontar por ella, recibimos la misión de re-escribirla y continuar la historia en nuestros propios contextos.

Hoy la Escritura nos grita que Dios también actúa con eficacia en femenino y gusta hacerse presente en la piel y fuerza vital de la mujer, para salvar a su pueblo. La historia también puede escribirse en femenino y necesita de mujeres valientes como Débora, que crean en su capacidad de movilizar al pueblo e impulsar procesos, gracias a la habilidad que tienen de ver lo general y lo particular y de entregarse con pasión y hasta el final por defender la Vida, en toda circunstancia.

Por ello, dice el Rabino Aviner Hacoheh:

Esta situación sirvió como ejemplo para las generaciones futuras. Una persona con una fuerte espiritualidad, aunque no pertenezca a la clase dirigente, es capaz, gracias a su poder de influencia, de llegar a ser un líder y de orientar y alentar a aquellos que se ocupan de reunir al pueblo, aún en una época de dispersión y desunión como la de los días en que gobernaban los jueces.⁵

5. Eisler, R. T. (1987). Caliz y la espada, El. Editorial Pax México. Introducción, págs. XXI-XXXIII